

LIBRO QUINCUAGÉSIMO PRIMERO

LA INVASIÓN

Desorganización del ejército francés á su llegada al Rhin. - Apuros de nuestras tropas en Italia y en España. - Operaciones del príncipe Eugenio en el Friul durante el otoño de 1813 y su retirada sobre el Adige. - Operaciones del mariscal Sout en Navarra y sus infructuosos esfuerzos por salvar á San Sebastián y á Pamplona. - Retirada de este mariscal sobre el Nive y el Adour. - Retirada del mariscal Suchet sobre Cataluña. - Lamentable situación de la Francia, donde todo estaba dispuesto para el ataque y nada para la defensa. - Descontento contra Napoleón por no haber concluído la paz después de las victorias de Lutzen y de Bautzen. - Los aliados ignoran esta situación. - Asustados á la idea de pasar el Rhin, piensan en hacer á Napoleón nuevas proposiciones de paz. - Los más dispuestos á transigir son el emperador Francisco y Mr. de Metternich. - Sus motivos. - Mr. de Saint-Aignán, ministro de Francia en Weimar, hallándose á la sazón en Francfort recibe el encargo de trasladarse á París con el objeto de proponer á Napoleón la paz, sobre la base de las fronteras naturales de la Francia. - Mr. de Saint-Aignán marcha inmediatamente á París. - Su acogida. - Temiendo Napoleón debilitar su prestigio aceptando en seguida las proposiciones de Francfort, admite la reunión de un congreso en Manheim, sin dar explicaciones acerca de las bases de paz que le habían propuesto. - Primeras ocupaciones de Napoleón en cuanto vuelve á París. - Irritación del público contra Mr. de Basano, á quien acusaban de haber excitado la política de la guerra. - Le substituye Mr. de Caulaincourt. - Algunos otros cambios menos importantes en el personal de la administración. - Quinta de seiscientos mil hombres y resolución de añadir céntimos adicionales á todas las contribuciones. - Convocación inmediata del senado para que éste apruebe la quinta y los impuestos, mandados por un simple decreto. - Del uso que se propone hacer Napoleón de los recursos que le han dado. - Espera, si la coalición le deja todo el invierno para prepararse, poderla enviar al otro lado del Rhin. - Sus medidas para conservar la Holanda y la Italia. - Negociación secreta con Fernando VII, en la que le ofrece devolverle la libertad y el trono, á condición de que hará cesar la guerra, y que rehusará á los ingleses el territorio español. - Tratado de Valencey. - Marcha el duque de San Carlos para que los españoles acepten dicho tratado. - Conducta de Murat. - Su abatimiento, precursor del ambicioso deseo de hacerse rey de Italia. - Sus dobles manejos en Viena y en París. - Pide á Napoleón que le ceda la Italia. - Napoleón quiere expresar la indignación que experimenta ante semejante súplica, pero decide no contestarle. - Mientras que Napoleón se ocupa en estos y otros asuntos, Mr. de Metternich, poco satisfecho de la respuesta evasiva que se ha dado á las proposiciones de Francfort, pide que la contestación sea clara y terminante. - Napoleón se decide á aceptarlas, consiente en negociar sobre la base de las fronteras naturales, y reitera la oferta de un congreso en Manheim. - Durante el mes que ha transcurrido desde las primeras explicaciones, todo ha cambiado de aspecto desgraciadamente en las determinaciones de la coalición. - Estado interior de la coalición. - Un partido inquieto y violento, á la cabeza del cual se hallan los prusianos, desea que se lleve adelante la guerra, que se destrone á Napoleón, y que se reduzca á la Francia á sus fronteras de 1790. - Este partido desapruueba altamente las proposiciones de Francfort. - Alejandro adula á los partidos para dominarlos. - La Inglaterra apoyaría gustosa al Austria en sus miras pacíficas, si un reciente acontecimiento no la obligase á continuar la guerra. - En efecto, al acercarse los ejércitos aliados, la Holanda se ha sublevado, y la Bélgica amenaza con seguir el mismo ejemplo. - La esperanza de arrebatar á la Francia la ciudad de Amberes, decide desde luego á la Inglaterra por la continuación de la guerra y por el paso inmediato del Rhin. - El Austria por su lado, arrastrada por la esperanza de recuperar la Italia, acaba por adherirse á las miras de Inglaterra, consintiendo en la continuación de la guerra. - Renúnciase á las proposiciones de Francfort, y se contesta á Mr. de Caulaincourt que se comunicará á las potencias aliadas su aceptación tardía de las bases propuestas, pero sin dar explicaciones sobre la continuación de las hostilidades. - Fuerzas de que disponen las potencias para el caso que vuelvan á empezar inmediatamente las operaciones. - Tienen para los primeros movimientos doscientos veinte mil hombres, que á la próxima primavera deben ascender á seiscientos mil. - Confían en que Napoleón no tendrá actualmente cien mil hombres que oponerles. - Diversos planes para pasar el Rhin. - Los prusianos quieren marchar directamente sobre Metz y París; los austriacos, por el contrario, prefieren dirigirse á Suiza para producir una contrarrevolución en este país y aislar la Italia de la Francia. - Prevalece el plan de los austriacos. - Paso del Rhin por Basilea el 21 de diciembre de 1813, y revolución en Suiza. - Abolición del acta de mediación. - Vanos esfuerzos del emperador Alejandro en favor de la Suiza. - Marchan los aliados hacia el Este de Francia. - Llegada del grande ejército aliado á Langres y del mariscal Blücher á Nancy. - Sorprendido Napoleón por este brusco ataque, le es imposible poner en movimiento los grandes medios de defensa que había proyectado de antemano, encontrándose reducido á las fuerzas que quedaron al fin de 1813. - Traslada á París los depósitos de los regimientos y pone sobre las armas á todos los reclutas procedentes del centro y del occidente de Francia. - Manda construir en París talleres extraordinarios para equipar á los nuevos reclutas, con los cuales forma algunas divisiones de reserva y de la JOVEN GUARDIA. - Napoleón manda decir á los mariscales Suchet y Sout que le envíen cada cual un destacamento de sus respectivos ejércitos, dirigiendo el del primero á Lyon y el del segundo á París. - Napoleón envía desde luego la ANTIGUA GUARDIA, al mando del mariscal Mortier, á Langres; la joven ó nueva GUARDIA, bajo las órdenes del mariscal Ney, á Epinal; y en seguida manda á los mariscales Víctor, Marmont y Macdonald que se unan, con los restos de los ejércitos de Alemania, á los mariscales Ney y Mortier en los alrededores de Chalons, en donde espera reunirse á ellos con las tropas que habrá organizado en París. - Antes de abandonar la capital, abre Napoleón el cuerpo legislativo. - Comunicaciones al senado y al cuerpo legislativo. - Modo de pensar de estas dos asambleas. - Deseo del cuerpo legislativo de saber el resultado de las últimas negociaciones. - Comunicaciones dirigidas á este cuerpo. - Informe de Mr. Lainé acerca de estas comunicaciones. - Suspensión del cuerpo legislativo. - Amargas censuras dirigidas por Napoleón á los individuos de dicha asamblea. - Tentativa para reanudar las negociaciones de Francfort. - Parte Mr. de Caulaincourt á las avanzadas de los ejércitos aliados. - Respuesta evasiva de Mr. de Metternich, quien, sin explicarse acerca de las probabilidades de nuevas negociaciones, declara que se espera á lord Castlereagh, actualmente en camino hacia el cuartel general de los aliados. - Últimas medidas de Napoleón al marchar de París. - Su último adiós á su esposa y á su hijo.

Napoleón acababa de traer al Rhin al ejército francés en el más deplorable estado. La guardia, compuesta de cuarenta mil hombres, estaba reducida á diez mil. Los cuerpos de Oudinot (el 12.º), de Reynier (el 7.º), de Augereau (el 16.º), de Bertrand (el 4.º), reunidos en uno al mando del general Morand, apenas presentaban doce mil combatientes el día de su entrada en Maguncia, que estaban encargados de defender. Los cuerpos de Marmont y de Ney (6.º y 3.º), destinados bajo el mando del mariscal Marmont á custodiar el Rhin desde Manheim á Coblenza, estaban reducidos á unos ocho mil hombres sobre las armas. El 2.º cuerpo, que mandaba Víctor, tenía unos cinco mil soldados para cubrir el alto Rhin desde Strasburgo á Basilea. Los cuerpos de Macdonald y de Lauristón (11.º y 15.º), al mando del primero, y dirigidos hacia el bajo Rhin, no contaban nueve mil hombres útiles para disputar el curso de aquel gran río desde Coblenza hasta Arnheim.

La caballería francesa, mal montada ó á pie, escasamente hubiera podido presentar en acción diez mil jinetes. Los polacos, escasos ya en número, habían sido enviados á Sedán, donde tenían su depósito, con el objeto de reponerse de las fatigas y prepararse de nuevo á la pelea. En fin, una banda de rezagados, sin armas, sin ropas, llevando consigo los gérmenes del tifus, que comunicaban á todas las ciudades en que se paraban para descansar, atravesaban la frontera en pequeños grupos. Puede decirse que era una segunda derrota como la de Rusia, con la diferencia de que quedaban todavía sobre las armas unos sesenta mil hombres, y que en lugar de retirarnos sobre la irritada Alemania, nos retirábamos sobre la Francia, en donde encontrábamos al fin la patria, aunque aniquilada y en la mayor desolación. El desastre de Moscou pudo parecer un mero accidente, grande como nuestro destino; pero la campaña de 1813, después de la de 1812, demostraba el completo abandono de la fortuna y la ruina de un sistema que tenía en su contra el interés y el buen sentido de las naciones civilizadas y que el genio más grande no bastaba á sostener contra la fuerza de la corriente.

Tal era la situación del ejército que mandaba Napoleón. Digamos que no era mucho mejor la de los que operaban al mando de sus generales en Italia y en España.

El príncipe Eugenio, encargado de defender los Alpes Julianos, consiguió reunir cincuenta mil hombres, en vez de ochenta mil que tenía orden de juntar, sacando algunos oficiales del antiguo ejército de Italia y reclutándolos con los quintos del Piamonte, de la Toscana, de la Provenza y del Delfinado. Formó, pues, seis divisiones de infantería y una de caballería, compuestas de soldados bisoños, pero de oficiales veteranos, y con ellas procuró guardar el Drave y el Save desde Willach á Laibach, cubriendo el Tirol por su izquierda, y la Carniola por su derecha. Después de haberse mantenido durante los meses de agosto, septiembre y octubre sobre esta línea tan extensa, aguardando los napolitanos, que nunca llegaban, había visto á los austriacos presentarse en masa por los límites de la Carintia, y disminuirse su ejército por la deserción de los croatas y de los italianos, por lo cual tuvo que irse replegando, primeramente hacia el Isonzo y más tarde hacia el Ta-

glamento. La defección de la Baviera, que dejaba abiertos todos los caminos del Tirol por su derecha, había contribuído á hacer más difícil su situación, y en el deseo de cubrir á la vez á Verona y á Trieste, dividió su ejército en dos cuerpos, enviando al general Grenier á Basano con quince mil hombres, mientras que él con veinte mil, maniobrando entre el Tagliamento y el Piave, hacía todo lo posible por cubrir el Friul y Venecia. Sin duda el estudio de las campañas del general Bonaparte le inspiró la idea de enviar al general Grenier al valle de Basano, para que atravesando dicho valle pudiera arrojarle en el flanco de los austriacos, mientras que el general Gifflenga, con algunos miles de hombres, procuraba detenerlos entre Trento y Roveredo. Pero para seguir las ideas de los grandes capitanes es menester imitarlos también en la exactitud y energía de ejecución. ¡Ah! Es que el general Grenier, titubeando incesantemente, había perdido un tiempo precioso, mientras que el príncipe Eugenio, que disponía todo lo más de veinte mil hombres para hacer frente á la columna de los austriacos que venían de Laibach, corría grave riesgo de ser acometido hacia el Adige, es decir, detrás del valle de Basano, lo que le hubiera separado del general Grenier, á quien necesitaba para retirarse definitivamente de Verona. Dejó, pues, á los austriacos la Carniola, el Friul y el Tirol italiano, guardando tan sólo las fortalezas de Osopo, Palma-Nuova y Venecia.

La necesidad por un lado de dejar alguna guarnición en esas fortalezas tan importantes, y por otra la deserción, habían reducido á treinta y seis mil hombres el ejército que mandaba el príncipe Eugenio, mientras que los generales enemigos, Hiller y Bellegarde, contaban con sesenta mil, además de los tiroleses insurgentes.

Una vez concentrado sobre el Adige el príncipe Eugenio, cobrando fuerzas y atacando á los austriacos tan pronto por la izquierda hacia Roveredo, tan pronto delante de él hacia Caldiero, les había muerto ó hecho prisioneros en varios combates siete ú ocho mil hombres. Consiguio de este modo hacerse respetar; pero teniendo á sus espaldas la Italia, desafiada de nosotros por efecto de los padecimientos de la guerra, excitada á la rebelión por el clero y por los ingleses, y en la que Murat no procuraba hacernos ningún partido, era dudoso que consiguiera sostenerse.

No podía, pues, responder más que de su fidelidad. La desoladora noticia de Leipsick consternó y conmovió vivamente á las cortes de Italia, aunque todas eran de origen francés.

En cuanto al príncipe Eugenio, esposo, como ya sabemos, de una princesa bávara, recibió por conducto de un oficial de ordenanza de su padre político un mensaje en el que se le informaba de los graves motivos que había habido para un rompimiento entre la Baviera y la Francia, proponiéndole al mismo tiempo, en nombre de la coalición, un principado en Italia si consentía en abandonar la causa de Napoleón. A pesar del dolor que debiera causarle al príncipe Eugenio el pensar que su esposa y sus hijos, á quienes amaba tanto, se verían quizá privados de todo patrimonio, respondió que debiendo su fortuna á Napoleón, no podía separarse de él, y que, reducido acaso dentro de poco á pedir un asilo en Munich, estaba seguro que el rey de Baviera

preferiría recibir un yerno sin corona que un yerno sin honor. El príncipe Eugenio, después de esta honrosa respuesta, se limitó á comunicar á Napoleón la relación exacta de la entrevista.

La conclusión del año 1813 fué más triste todavía en España que en Italia. Recuérdese que después de la batalla de Vitoria, profundamente irritado Napoleón contra su hermano José y contra el mariscal Jourdan, encargó al mariscal Soult que marchase á España para arreglar nuestros asuntos, confiéndole el grado de lugarteniente del emperador, para que su autoridad fuese mayor. Recuérdese igualmente las desavenencias que habían ocurrido entre el rey José y el mariscal Soult; así es que la llegada á España de aquel mariscal con tan amplios poderes como el de prender al rey si se resistía á obedecerle, halagó naturalmente su amor propio, excitando una satisfacción de orgullo que, desgraciadamente para nuestras tropas, debía de expiar muy pronto. En una orden del día, altamente ofensiva para José y para el mariscal Jourdan, había atribuido nuestros infortunios en España, no sólo á las circunstancias, sino á la incapacidad y cobardía de los que le habían precedido en el mando, sin prever que esta acusación le impedía todo género de excusa más adelante. En cuanto hubo llegado tomó el mando de las tropas, ocupándose en seguida en reorganizar nuestro ejército; pero en lugar de dividirlo en varios ejércitos, de Andalucía, del Centro, de Portugal y del Norte, lo cual presentaba graves inconvenientes, prefirió organizarlo en cuerpos de ejército, mandados por excelentes generales de división, que abundaban en aquel ejército, cuya fuerte constitución había resistido á todos los reveses. Después de haberlo dividido en nueve cuerpos y uno de reserva, confió el mando de la derecha al general Reille, el del centro al general conde de Erlón, y el de la izquierda al general Clausel. Habiendo conseguido este último, después de la batalla de Vitoria, y merced á un milagro de serenidad y de valor, llegar á Zaragoza, entró en Francia por Jaca, saliendo al encuentro del mariscal Soult con quince mil hombres. Este movimiento tenía en verdad el inconveniente de descubrir á Zaragoza, pero en cambio tenía la ventaja de concentrar nuestras fuerzas contra los ingleses, que eran nuestros enemigos más terribles en España, siendo al mismo tiempo muy probable el esperar algún resultado favorable si nuestras fuerzas, muy considerables todavía, estaban dirigidas con acierto. El ejército bajo el aspecto de las cualidades militares, no tenía rival en el mundo, sobre todo después de nuestras pérdidas en Rusia y en Alemania: eran los soldados más valientes, más aguerridos y más familiarizados con las fatigas que había entonces en Europa. Pero al mismo tiempo estaban, como ya hemos dicho, hastiados y exasperados al verse hacia seis años no solamente sacrificados á una empresa funesta, sino también á la incapacidad y rivalidad de sus jefes; así es que, teniendo una absoluta confianza en ellos mismos, no tenían ninguna en sus generales, exceptuando á Reille y á Clausel, no esperando más que ser batidos. Esta misma falta de confianza en los jefes acabó de destruir entre ellos la disciplina militar, muy relajada ya por la miseria. Acostumbrados á mantenerse únicamente de lo que arrebataban á una población que odiaban y de la que eran odiados, se consideraban dueños

de todo, y aun vueltos á Francia, no era probable que se pudiera cambiar su modo de pensar, si no se cambiaba antes su modo de vivir. Desarrapados, curtidos por el sol, irritados, arrogantes, y teniendo á la cabeza oficiales en un estado todavía más lastimoso, que no se atrevían á enseñar sus andrajos, presentaban el espectáculo más aflictivo, cual es el de un ejército compuesto de soldados bizarros, luchando con el vicio y la miseria. Un general inteligente hubiera podido hacer de ellos el primer ejército del mundo, sabiéndolos guiar y conduciéndolos á la victoria.

Temeroso Napoleón de desorganizar las únicas provincias de España en que la guerra no había sido desastrosa, no quiso retirar al mariscal Suchet de Aragón, y por el motivo que ya hemos indicado, escogió al mariscal Soult, que á pesar de tener una gran reputación militar (algo menor sin embargo en España, en donde había servido, que en otras partes), no le acogió el ejército con entera confianza, si bien es cierto que podía hacer mucho en su provecho. Tenía el mariscal Soult que habérselas con un formidable enemigo, es decir, con el ejército anglo-portugués, compuesto de cuarenta y cinco mil ingleses y de quince mil portugueses orgullosos de sus victorias, además de treinta ó cuarenta mil españoles, los mejores soldados de España. Ciertamente que no era imposible con setenta mil franceses hacer frente á dicho ejército, más numeroso que el nuestro, pero inferior en calidad si exceptuamos á los ingleses.

Aun después de la batalla de Vitoria vacilaba lord Wellington en penetrar en Francia; por eso sin duda procuró sitiar á San Sebastián y á Pamplona, más bien para tener un pretexto de permanencia en España que para ganar esas dos plazas, que sin embargo bien merecían la pena de un sitio. Para proteger esta doble empresa contra el regreso ofensivo de los franceses, distribuyó con bastante habilidad su ejército, venciendo en cuanto era posible todas las dificultades topográficas. Como es sabido, San Sebastián está situado á la orilla del mar, casi en la desembocadura del Bidasoa y en la extremidad del valle de Baztán; Pamplona, capital de Navarra, está situada al otro lado y en el valle del Ebro.

Encargó Lord Wellington el sitio de San Sebastián al ejército español de Freyre, ayudado de una división portuguesa y de dos divisiones inglesas. Dichas tropas estaban naturalmente cerca del mar, y en la extremidad del valle del Baztán. A los alrededores de San Esteban, y en el centro mismo del valle del Baztán, estaban tres divisiones inglesas, dispuestas á marchar hacia San Sebastián, ó á subir aquel valle, para acudir á Navarra, en socorro de otras tres divisiones inglesas que cubrían el sitio de Pamplona, confiado á las tropas españolas del general Morillo. Distribuidas de este modo las fuerzas del general inglés, éste contaba poder hacer frente á todos los acontecimientos que sobreviniesen, pero reflexionando al mismo tiempo en que un ataque repentino hubiera puesto en gran peligro su posición militar, estaba constantemente alerta, recatándose lo más posible.

El ejército francés estaba distribuido por destacamentos en el valle de San Juan Pie de Puerto, que riega el Nive, y se extiende hacia el mar casi paralelamente al valle del Baztán. San Juan Pie de Puerto, que cierra el famoso desfiladero de Roncesvalles, es la plaza im-

portante del valle superior del Nive; así como Bayona, situada en la confluencia del Nive y el Adour, es su punto principal por la parte del mar. Podíase, pues, con iguales probabilidades de éxito, desembocar de dicho valle, dirigiéndose, bien sobre la columna que sitiaba á San Sebastián, bien sobre la que sitiaba á Pamplona, procurando de todos modos impedir la concentración de las fuerzas enemigas. Había algunas poderosas razones para empezar el ataque por San Sebastián, en primer lugar porque era una fortaleza más importante, y en segundo porque el camino era muy preferible, como que no había más que marchar directamente por Irún, mientras que para dirigirse á Pamplona era preciso subir al valle de San Juan Pie de Puerto y atravesar el desfiladero de Roncesvalles. Podíase de todos modos adoptar cualquiera de estos dos planes, pero en ambos casos era preciso obrar con mucha presteza y exactitud si se había de alejar del territorio francés al enemigo, que estaba dispuesto á penetrar en él.

El día 24 de julio púsose en marcha el mariscal Soult á la cabeza de casi todo su ejército, habiendo dejado al general Villatte con la división de reserva delante de Bayona, y llevándose consigo como unos ochenta cañones, sacados del arsenal de Bayona, y que engancharon á los pocos caballos que se salvaron de la derrota de Vitoria.

El día 25 desembocó en el alto valle del Baztán con el cuerpo de ejército del general conde de Erlón, y en el valle de Roncesvalles con los cuerpos de ejército de los generales Reille y Clausel. Éstos consiguieron sin gran trabajo rechazar sobre Pamplona la división portuguesa y las dos divisiones inglesas que guardaban la entrada de Navarra. Pero en cambio el conde de Erlón para penetrar en el Baztán tuvo que vencer enormes dificultades al forzar la altura de Moya, que defendía el general Hill. Consiguió su objeto, después de un rudo combate en el que perdió dos mil hombres y tres mil el enemigo. Podíase dar por bien empleado este combate, si el conde de Erlón hubiera podido encontrarse al día siguiente, 26, sobre nuestra extrema derecha para reunirse con los generales Reille y Clausel; pero habiendo empleado el día 26 en reunir las tropas, no pudo el conde de Erlón juntarse con aquellos generales hasta el día 27, lo cual prueba que se había cometido un gran error en no desembocar todos juntos por el valle de Roncesvalles, atacando bruscamente las divisiones inglesas desparramadas en la entrada de Navarra. Cuando en la mañana del 27 vino el general conde de Erlón á reunirse en nuestra derecha con los generales Clausel y Reille, los ingleses habían tomado ya una ventajosa posición delante de Pamplona, contando con cuatro divisiones, dos inglesas, una española y otra portuguesa, y justamente en uno de esos puntos en que siempre nos ha sido muy difícil atacar. Además de las cuatro divisiones contaba el enemigo con otras dos, procedentes del valle del Baztán. En efecto, advertido lord Wellington en la noche del día 25 de nuestra próxima llegada, había aprovechado el 26, perdido para nosotros, mandando venir sus fuerzas del Baztán á Navarra, y entretanto que se reuniesen sus divisiones, tenía ya cuatro, perfectamente dispuestas para defenderse. El general Clausel, cuya inteligencia militar era tan grande y reconocida como su energía, no juzgaba conveniente el

atacar de frente las posiciones de los ingleses, sino de costado en dirección á Pamplona; pero no habiendo opinado del mismo modo el mariscal Soult, habían atacado casi de frente un sitio peligrosísimo, sucediéndose lo mismo que en Vimeiro, Talavera, La Albuera y Salamanca, es decir, que matamos mucha gente al enemigo, que nosotros perdimos todavía más y que quedamos al pie de sus posiciones sin apoderarnos de ellas. El 28 de julio había vuelto á empezar el combate, pero con tan infeliz resultado como en los anteriores, pues los ingleses se habían reforzado durante este intervalo, y el día 29 fué necesario volver á Francia, después de haber perdido de diez á doce mil hombres y de haberle muerto ó herido al enemigo, en el espacio de cuatro días, más de doce mil. Pero hay que considerar que las pérdidas eran mucho más sensibles para nosotros que para lord Wellington, pues estábamos al término de nuestros recursos, mientras que él contaba todavía con muchos. Las tropas se habían portado con mayor bizarría que nunca, y si no consiguieron nada, tampoco se engañaron en sus esperanzas, pues hacía mucho tiempo que no esperaban nada ni de la habilidad de sus jefes ni de los favores de la fortuna. Vueltas bien pronto á la indisciplina, despreciando á sus generales, se habían desbandado en pequeñas partidas para vivir á costa de los aldeanos franceses. También la desertión había muy pronto igualado nuestras pérdidas y las del enemigo, y cada uno de los dos ejércitos contaba trece ó catorce mil hombres de menos en sus filas. Desgraciadamente la confusión ocasionada en ambos sitios había sido muy poco duradera, y lord Wellington, limitándose tan sólo á cercar á Pamplona, había dirigido sus principales esfuerzos hacia San Sebastián, en donde el general francés Rey sostenía con dos mil quinientos hombres un sitio memorable. Tres veces en efecto había rechazado á los ingleses al pie de la brecha, después de haberles causado enormes pérdidas.

Aunque desanimado, vivamente impresionado el ejército del heroísmo de la guarnición de San Sebastián, quiso marchar á su socorro, y el mariscal Soult, vuelto á la posición de Bayona, intentó socorrer aquella valiente guarnición que sostenía con tanto valor la honra de nuestras armas.

Había pasado el Bidasoa atacando la altura de San Marcial, defendida por el ejército español y por dos divisiones inglesas. El resultado de este combate había sido el mismo que el de todos los combates en que los ingleses eran dueños de las posiciones defensivas; les habíamos causado pérdidas iguales ó tal vez superiores á las nuestras, gracias á la inteligencia de nuestros soldados, pero nos vimos obligados á volver á pasar el Bidasoa, crecido por las lluvias, y el 8 de septiembre habíamos visto sucumbir la guarnición de San Sebastián, después de una de las más heroicas defensas de que la historia hace mención. Pero, felizmente para nosotros, tenía lord Wellington en el sitio de Pamplona una poderosa razón para no penetrar en Francia, al menos por el momento. Reducido el mariscal Soult de setenta mil hombres á poco más de cincuenta mil, había tomado posición por su izquierda sobre el Nive, alrededor de San Juan Pie de Puerto, por su derecha delante del Nive, á lo largo del Bidasoa, cuyas orillas ocupaba. Pero estando su izquierda en un valle y su centro y su

derecha en otro, había en su línea un resalto que presentaba algún peligro. Para que no fuera así le hubiera sido necesario abandonar una porción del territorio francés, y naturalmente debía costarle mucho trabajo adoptar semejante determinación.

De este modo se habían empleado sobre el Bidasoa todo el verano y el principio del otoño. Por su lado, el mariscal Suchet, cuando recibió la noticia del desastre de la batalla de Vitoria, había tomado la determinación, dolorosa para él, de evacuar todas las plazas del reino de Valencia. Sin duda que hubiera sido mucho mejor no renovar la falta que se había cometido en Dantzick, Stettin, Hamburgo, Magdeburgo y Dresde, y renunciar más bien á la posesión de las plazas más importantes, que dejar tras de sí guarniciones que no era posible socorrerse, y cuya ausencia reducía considerablemente el efectivo de nuestros ejércitos. Pero las reiteradas instrucciones del ministro de la Guerra, fundadas en el empeño que se tenía de guardar las costas del Mediterráneo, habían decidido al mariscal á dejar guarniciones en la mayor parte de las plazas: mil y doscientos hombres en Sagunto, cuatrocientos en cada una de las fortalezas de Denia, Peñíscola y Morella, cuatro mil en Tortosa, mil en Mequinenza, cuatro mil en Lérida, otros tantos en Tarragona, con dinero, víveres, municiones, buenos comandantes, con todo lo necesario, en fin, para defenderse durante un año. Después de haberse privado de estas fuerzas había entrado en Aragón á la cabeza de veinticinco mil hombres solamente, pero soberbios, bien vestidos, perfectamente mantenidos y echados muy de menos por los pueblos á quienes habían protegido contra los desórdenes de la guerra.

El mariscal Suchet había pensado replegarse sobre Zaragoza, pero habiéndose apoderado de ella el general Mina después de la salida del general Clausel, se vió obligado á llegar á Barcelona y renunciar al Aragón para defender la Cataluña contra el ejército anglo-siciliano, que constaba de cincuenta mil hombres. Juzgando que la guarnición de Tarragona no estaba en estado de sostenerse, había vuelto á tomar por un momento la ofensiva, arrollado al ejército enemigo, llegado á Tarragona, volado sus obras de defensa, y recogido la guarnición, de manera que sólo quedaban detrás de él la de Sagunto, Tortosa, Mequinenza, Lérida, Peñíscola, Morella y Denia. Era bastante en el estado de cosas de Europa. No queriendo permitir al enemigo que tomase demasiado ascendiente, le había acometido de nuevo en la altura de Ordal y en un combate de los más brillantes había obligado á los ingleses á retirarse á la orilla del mar.

Los sucesos del verano y del otoño habían sido, pues, algo menos fatales en aquella parte de la Península que en la otra, pero allí como en todas se hubiera podido, evacuando las plazas, componer un magnífico ejército de lo menos cuarenta mil hombres, que, provisto de todo lo necesario y conducido por un jefe de toda su confianza, habría contribuido á defender victoriosamente nuestras fronteras; mas por desgracia en el Mediodía como en el Norte la vana esperanza de recobrar en breve una grandeza quimérica había alterado la profunda perspicacia de Napoleón y arrebatado á la defensa del territorio nacional recursos que hubieran ayudado poderosamente á salvarle.

El mariscal Soult, en busca de nuevas combinaciones, hubiera querido servirse del ejército de Aragón para intentar algo importante contra lord Wellington. Ya hubiera deseado que el mariscal Suchet, atravesando la Cataluña y el Aragón, fuese á reunirse con él por Lérida, Zaragoza, Tudela y Pamplona con unos veinticinco mil hombres; ya que el mariscal, pasando nuevamente los Pirineos y dando en el interior el inmenso rodeo de Perpiñán, Tolosa y Bayona, se reuniera á él para desembocar en masa contra los ingleses. El primero de estos planes exponía al mariscal Suchet al peligro de ejecutar una marcha de más de cien leguas entre el ejército anglo-siciliano que constaba de setenta mil hombres contando los catalanes, y el ejército de lord Wellington que constaba de cien mil, es decir, al peligro de ser destrozado por aquellas fuerzas reunidas, ó bien arrojado á España, donde hubiera, por decirlo así, caído en un abismo. El segundo plan, condenándole á una marcha de ciento cincuenta leguas en Francia, entregaba las plazas de Cataluña y la frontera del Rosellón al ejército anglo-siciliano en cambio de un triunfo muy problemático, pues era dudoso que el mariscal Soult, que no había sabido batir al ejército inglés con setenta mil hombres lo consiguiese con noventa mil, siendo así que no le había faltado la fuerza numérica en los últimos combates. Todos estos proyectos se habían reputado impracticables, y era evidente que sólo el término de la guerra de España, haciendo cesar la alianza de los españoles con los ingleses, podía desembarazarnos de los unos y de los otros, salvo á ver los ingleses reaparecer más adelante en un punto cualquiera de nuestras fronteras marítimas. El 7 de octubre, en fin, el mariscal Soult se había dejado sorprender por su derecha en Hendaya, había perdido dos mil cuatrocientos hombres y se había visto obligado á ceder al enemigo una primera porción del territorio francés. Pamplona había abierto sus puertas el 4, y lord Wellington, que no tenía ya ningún motivo para detenerse en la frontera, iba á tener que pasarla, casi á pesar suyo.

La situación de nuestros ejércitos, era, pues, más triste en todos los puntos: en el Rhin, de cincuenta á sesenta mil hombres rendidos de cansancio, seguidos de un número igual de rezagados y de enfermos, tenían que combatir contra los trescientos mil hombres de la coalición europea; en Italia, treinta y seis mil combatientes, viejos y jóvenes, se hallaban empeñados en el Adige contra sesenta mil austriacos, y tenían que contener á la Italia cansada de nosotros y á Murat próximo á abandonarnos; en la frontera de España, cincuenta mil soldados viejos, abrumados por el infortunio, defendían á duras penas los Pirineos occidentales contra los cien mil hombres victoriosos de lord Wellington, y en aquella misma frontera otros veinticinco mil soldados viejos, en buen estado sin duda, pero obligados á disputar los Pirineos orientales á más de setenta mil ingleses, sicilianos y catalanes, tal era la situación exacta de nuestros asuntos militares expresada en números fijos. Verdad es que Napoleón había probado cien veces con cuán prodigiosa rapidez sabía crear recursos, pero jamás se había encontrado en tamaños apuros! Más de ciento cuarenta mil hombres de nuestras mejores tropas estaban disminuidos en las plazas de Europa; sólo quedaban en Francia depósitos arruinados que ya en aquel mismo

año de 1813 se habían reforzado por formar en dos ó tres meses jóvenes reclutas y les habían dado sus mejores oficiales y subtenientes. Sin duda había aún en los regimientos que volvían á Francia soldados veteranos y antiguos oficiales, pero iba á ser preciso enviarlos directamente los reclutas desnudos y sin instrucción, para que hiciesen lo que los depósitos no tenían ni tiempo ni medios para hacer por sí mismos, é iban á verse obligados á emplear en instruir á aquella gente bisona el tiempo que hubieran necesitado para descansar, dado que para ello les dejase solaz el enemigo. Nuestras plazas, que hubieran podido servir de apoyo al ejército, estaban, como ya hemos dicho, desprovistas de todo medio de defensa; el envío de un inmenso material al otro lado de nuestras fronteras las había privado de los objetos más indispensables.

En Magdeburgo y en Hamburgo teníamos lo que hubiéramos debido tener en Estrasburgo y en Metz, en Alejandría lo que hubiera convenido tener en Grenoble: todavía se hallaba en el campamento de Boulogne hasta una parte de la artillería de Lille. Y no era sólo el material lo que faltaba: la oficialidad del cuerpo de ingenieros, tan numerosa, tan instruída y tan bizarra en Francia, andaba dispersa por más de cien ciudades extranjeras. Apenas había tiempo para formar á la ligera algunas cohortes de guardias nacionales con que acudir á Estrasburgo, á Landau, á Metz, á Lille, de manera que para conquistar el mundo que se nos escapaba de entre las manos, la Francia se había quedado indefensa. Nuestra hacienda antes tan próspera, manejada con un espíritu de orden tan admirable, se había agotado lo mismo que nuestros ejércitos por la quimera del dominio universal. Los bienes de propios, empleados en liquidar los ejercicios de 1811 y 1812, y en saldar la insuficiencia del de 1813, no habían encontrado compradores por arriba de unos diez millones. El papel que representaba su precio anticipado, perdía de quince á veinte por ciento, á pesar de que la casi totalidad del que se había emitido se hallaba en las arcas del Banco y en las de la corona misma, que habían adquirido por más de sesenta millones de aquellos valores. El estado moral del país era más aflictivo aún, si cabe, que su estado material. El ejército, convencido de la insensatez de la política por la cual estaba derramando su sangre, murmuraba sin rebozo, aunque dispuesto siempre á cumplir su deber en presencia del enemigo. La nación, profundamente irritada de que no se hubieran aprovechado las victorias de Lutzen y de Bautzen para ajustar la paz, considerándose como sacrificada á una loca ambición, empezaba á conocer por lo terrible de los resultados los inconvenientes de un gobierno sin trabas. Desencantada del genio de Napoleón, en cuya prudencia nunca había creído, aunque siempre había creído en su invencibilidad, estaba á un mismo tiempo hastiada de su gobierno, poco tranquilizada por la idea de su capacidad militar, aterrada en vista de las muchedumbres enemigas que se acercaban, moralmente quebrantada en una palabra, cabalmente en el momento en que hubiera necesitado para salvarse todo el entusiasmo patriótico que le había animado en 1792 y toda la admiración llena de confianza que la inspiraba el primer cónsul en 1800. ¡Jamás, en fin, se había visto mayor abatimiento delante de mayor peligro!

Cierto que si el extranjero victorioso que sospechaba una parte de estas verdades, hubiera podido conocerlas en toda su extensión, no se hubiera detenido más que un día en las orillas del Rhin, justo el tiempo preciso para reunir cartuchos y pan, hubiera atravesado aquel Rhin que desde 1795 parecía una frontera inviolable, y marchado derechamente sobre París, la ciudad en que poco antes parecía enclavado por siempre el genio de la victoria; pero la coalición, fatigada de sus esfuerzos extraordinarios, atónita aún de sus triunfos á pesar de dos campañas sucesivas en que llevaba la ventaja, estaba dispuesta á pararse en el Rhin, último respiro que parecía querer concedernos la fortuna antes de abandonarnos definitivamente.

Más de una causa contribuía á aquella disposición de los ánimos en el seno de la coalición, pero la principal era nuestra gloria. Si la política de Napoleón nos había puesto en guerra con todo el mundo, la gloria que había derramado sobre nosotros, el denuedo sin igual con que habíamos sostenido sus gigantescas empresas, el recuerdo de la nación francesa levantándose toda entera en 1792 para rechazar la agresión europea, daban en qué pensar á las potencias continentales, siempre las más comprometidas en una lucha contra Francia. Mucho nos aborrecían, pero no nos temían menos, la idea de pasar el Rhin, de ir á provocar en su propio territorio á la nación que había inundado á la Europa con sus ejércitos victoriosos, en la que apenas había un solo hombre que no hubiere manejado las armas, que censuraba la ambición de su jefe, pero que acaso le sostendría vigorosamente si después de haberle reducido á sus propias fronteras se intentaba atropellarlas, esta idea, decimos, conturbaba, intimidaba á los más prudentes generales y ministros de la coalición.

Además, después de haber expulsado á Napoleón de la Alemania, ¿qué más se podía pedir? ¿Convenía, después de un triunfo inesperado, tentar de nuevo la fortuna, fracasar tal vez en una empresa temeraria, hacerse arrojar al otro lado del Rhin por no haberse sabido parar en él, hacer con esto á Napoleón más exigente que nunca, despertar en él pretensiones que estaban á punto de expirar, y condenarse á una guerra sin fin por no haber sabido hacer la paz á tiempo, así como Napoleón no había sabido hacerla en Praga? Y luego, ¿no había sido ya la guerra bastante cruel? Todos los ejércitos europeos llevaban en su cuerpo grandes y sangrientas llagas que atestiguaban lo que les habían costado, no sólo Moscou, no sólo Lutzen, Bautzen y Dresde, donde habían sido vencidos, sino Katzbach, Gross-Beeren, Kulma, Dennewitz y Leipsick, donde habían quedado victoriosos. Si se exceptúa á los prusianos, entre quienes reinaba una especie de furor nacional excitado por la influencia de las sociedades secretas, el deseo de la paz era general en los militares de todas las naciones. Aun muy valientes y engreídos con sus triunfos, los militares rusos habían querido pararse en el Óder; más aún lo deseaban en el Rhin, y creían que bastante habían hecho con venir peleando desde Moscou hasta Maguncia, y que ellos ya no tenían para qué pasar adelante. Los austriacos, que se estaban batiendo hacia veintidós años, que habían arrojado del Austria y de la Alemania al vencedor de Marengo, de Austerlitz y de Wagram, que experimentaban profundamente la necesidad de